

Reinhart Koselleck

Futuro pasado

Para una semántica
de los tiempos históricos

No. Sist. 642485



ediciones
PAIDÓS

Barcelona
Buenos Aires
México

SUMARIO

Prólogo	11
Introducción	13

PRIMERA PARTE **SOBRE LA RELACIÓN ENTRE EL PASADO** **Y EL FUTURO EN LA HISTORIA RECIENTE**

1. Futuro pasado del comienzo de la modernidad	21
2. Historia magistra vitae	41
3. Criterios históricos del concepto moderno de revolución	67
4. La prognosis histórica en el escrito de Lorenz von Stein sobre la constitución prusiana	87

SEGUNDA PARTE **SOBRE LA TEORÍA Y EL MÉTODO** **DE LA DETERMINACIÓN DEL TIEMPO HISTÓRICO**

5. Historia conceptual e historia social	105
6. Historia, historias y estructuras formales del tiempo ..	127
7. Representación, acontecimiento y estructura	141
8. El azar como residuo de motivación en la historiografía ..	155
9. Compromiso con la situación y temporalidad	173

TERCERA PARTE **SOBRE LA SEMÁNTICA DEL CAMBIO HISTÓRICO** **DE LA EXPERIENCIA**

10. Sobre la semántica histórico-política de los conceptos contrarios asimétricos	205
11. Sobre la disponibilidad de la historia	251
12. Terror y sueño	267

FH 48724

13. «Modernidad»	287
14. «Espacio de experiencia» y «Horizonte de expectativa», dos categorías históricas	333
Índice de nombres	359
Índice analítico	365

sela. Por otra parte, esta misma posición puede establecerse en el futuro como utópica, de manera que nunca se pueda realizar —o bien se sitúa en el pasado presente, de modo que esté ya verdaderamente superada, retrasada y, por lo tanto, vencida—. En cierto modo, estamos tratando con formas vacías de las dimensiones temporales, que pueden ser ocupadas arbitrariamente. Y tan pronto como los criterios de futuro de lo deseable entran a formar parte del juicio, ya no se pueden rebatir empíricamente las coordinaciones críticas de la ideología. Remiten a un futuro que sólo fue descubierto por la modernidad, sin haber sido alcanzado desde entonces.

La determinación de la modernidad como tiempo de transición no ha perdido en evidencia epocal desde su descubrimiento. Un criterio infalible de esta modernidad son sus conceptos de movimiento —como indicadores del cambio social y político y como factores lingüísticos de la formación de la conciencia, de la crítica ideológica y del control del comportamiento.

XIV

«ESPACIO DE EXPERIENCIA» Y «HORIZONTE DE EXPECTATIVA» DOS CATEGORÍAS HISTÓRICAS

I. Observación metódica preliminar

*Puesto que tanto se habla en contra de las hipótesis, se debiera intentar alguna vez comenzar la historia sin hipótesis. No se puede decir que algo es, sin decir lo que es. Al pensarlos, se refieren los facta a conceptos y no es indiferente a cuáles.*¹ Con estas frases resumió Friedrich Schlegel un siglo de consideraciones teóricas sobre qué era, cómo se conocía y cómo se debía escribir la historia. Al final de esta Ilustración histórica, provocada por una historia experimentada como progresista, está el descubrimiento de la «historia en y para sí». Dicho brevemente, se trata de una categoría trascendental que reúne las condiciones de una historia posible con las de su conocimiento.² Desde entonces ya no es conveniente, aunque sea muy corriente, tratar científicamente de la historia sin aclararse respecto a las categorías en virtud de las cuales se va a expresar.

El historiador que recurre al pasado, por encima de sus propias vivencias y recuerdos, conducido por preguntas o por deseos, esperanzas e inquietudes, se encuentra en primer lugar ante los llamados restos que aún hoy subsisten en mayor o en menor número. Cuando transforma estos restos en fuentes que dan testimonio de la historia cuyo conocimiento le interesa, entonces el historiador se mueve siempre en dos planos. O investiga situaciones que ya han sido articuladas lingüísticamente con anterioridad, o reconstruye circunstancias que anteriormente no han sido articuladas lingüísticamente.

1. Friedrich Schlegel: *Kritische Schriften*, bajo la dirección de W. Rasch, 2.^a edic., Munich, 1964, pág. 51 (Fragmento del ateneo).

2. Véase mi artículo «Geschichte, Historie», en Otto Brunner /Werner Conze /Reinhard Koselleck (comps.), *Geschichtliche Grundbegriffe*, vol. 2, Stuttgart, 1975, pág. 647 sigs. Las reflexiones siguientes se basan en los trabajos del diccionario del lenguaje sociopolítico en Alemania, que ya se ha citado. En señal de agradecimiento están dedicados a Werner Conze, sin cuyo estímulo incansable no se hubiese podido realizar la tarea científica común.

te, pero que extrae de los vestigios con la ayuda de hipótesis y métodos. En el primer caso los conceptos tradicionales de la lengua de las fuentes le sirven como acceso heurístico para comprender la realidad pasada. En el segundo caso, el historiador se sirve de conceptos formados y definidos *ex post*, es decir, de categorías científicas que se emplean sin que se puedan mostrar en los hallazgos de las fuentes.

Tenemos que tratar, pues, de los conceptos ligados a las fuentes y de las categorías científicas del conocimiento, que deben diferenciarse aun pudiendo relacionarse, pero no siendo necesario que lo estén. Con frecuencia, una misma palabra puede cubrir el concepto y la categoría históricos, resultando entonces aún más importante la clarificación de la diferencia de su uso. La historia de los conceptos es la que mide e investiga esta diferencia o convergencia entre conceptos antiguos y categorías actuales del conocimiento. Hasta aquí, por diferentes que sean sus métodos propios y prescindiendo de su riqueza empírica, la historia de los conceptos es una especie de propedéutica para una teoría científica de la historia —conduce a la metodología histórica.

A continuación, al hablar de espacio de experiencia y de horizonte de expectativa como categorías históricas, diremos de antemano que estas dos expresiones no se investigan como conceptos del lenguaje de las fuentes. Incluso renunciamos conscientemente a derivar de forma histórica el origen de estas dos expresiones, actuando en cierto modo en contra de la pretensión metódica a la que debiera someterse un historiador profesional de los conceptos. Hay situaciones en la investigación en las que el abstenerse de preguntas histórico-genéticas puede agudizar la mirada sobre la historia misma. En todo caso la pretensión sistemática a la que aspira el procedimiento siguiente queda más clara si anteriormente se renuncia a una historicización de la propia posición.

Ya del uso cotidiano del lenguaje se desprende que, en tanto que expresiones, «experiencia» y «expectativa» no proporcionan una realidad histórica, como lo hacen, por ejemplo, las caracterizaciones o denominaciones históricas. Denominaciones como «el pacto de Postdam», «la antigua economía de esclavos» o «la Reforma» apuntan claramente a los propios acontecimientos, situaciones o procesos históricos. En comparación, «experiencia» y «expectativa» sólo son categorías formales: lo que se ha experimentado y lo que se espera respectivamente, no se puede deducir de esas categorías. La anticipación formal de explicar la historia con estas expresiones polarmen-

te tensas, únicamente puede tener la intención de perfilar y establecer las condiciones de las historias posibles, pero no las historias mismas. Se trata de categorías del conocimiento que ayudan a fundamentar la posibilidad de una historia. O, dicho de otro modo: no existe ninguna historia que no haya sido constituida mediante las experiencias y esperanzas de personas que actúan o sufren. Pero con esto aún no se ha dicho nada acerca de una historia pasada, presente o futura, y, en cada caso, concreta.

Esta propiedad de la formalidad la comparten nuestras categorías con otras numerosas expresiones de la ciencia histórica. Recordemos «señor y siervo», «amigo y enemigo», «guerra y paz», «fuerzas productivas y relaciones de producción»; o pensemos en la categoría del trabajo social, de una generación política, en las formas de construir una constitución, en las unidades de acción sociales o políticas, o en la categoría de frontera, en el espacio y el tiempo.

Siempre se trata de categorías que todavía no dicen nada sobre una determinada frontera, una determinada constitución, etc. Pero el hecho de que esta frontera, esta constitución o esta experiencia y aquella expectativa hayan sido cuestionadas y expuestas, presupone ya el uso categorial de las expresiones.

Ahora bien, casi todas las categorías formales que hemos mencionado se caracterizan por haber sido a la vez conceptos históricos, es decir, conceptos económicos, políticos o sociales, es decir, procedentes del mundo de la vida. En esto comparten la ventaja de aquellos conceptos teóricos que en Aristóteles proporcionaban una visión intuitiva a partir de la comprensión de la palabra, de manera que el mundo cotidiano de la política quedaba superado en su reflexión. Pero, precisamente respecto al mundo de la vida precientífico y a sus conceptos políticos y sociales, resulta evidente que se puede diferenciar y graduar la lista de las categorías formales derivadas de ellos. ¿Quién negará que expresiones tales como «democracia», «guerra o paz», «señorío y servidumbre», están más llenas de vida, son más concretas, más sensibles y más intuitivas que nuestras dos categorías «experiencia» y «expectativa»?

Evidentemente, las categorías «experiencia» y «expectativa» reclaman un grado más elevado, ya apenas superable, de generalidad, pero también de absoluta necesidad en su uso. Como categorías históricas equivalen en esto a las de espacio y tiempo.

Esto puede fundamentarse semánticamente: los conceptos que se han mencionado, saturados de realidad, se establecen como categorías alternativas o significados que, al excluirse mutuamente, cons-

tituyen campos de significación más concretos, delimitados cada vez más estrechamente, aun cuando permanezca su referencia mutua. Así la categoría del trabajo remite al ocio, la de guerra a la paz y viceversa, la de frontera a un espacio interior y a otro exterior, una generación política a otra o a su correlato biológico, las fuerzas productivas a las relaciones de producción, la democracia a una monarquía, etc. Evidentemente, la pareja de conceptos «experiencia y expectativa» es de otra naturaleza, está entrecruzada internamente, no ofrece una alternativa, más bien no se puede tener un miembro sin el otro. No hay expectativa sin experiencia, no hay experiencia sin expectativa.

Sin el ánimo de establecer aquí una jerarquización estéril, se puede decir que todas las categorías condicionales que se han mencionado para las historias posibles se pueden aplicar individualmente, pero ninguna es concebible sin estar constituida también por la experiencia y la expectativa. Por lo tanto, nuestras dos categorías indican la condición humana universal; si así se quiere, remiten a un dato antropológico previo, sin el cual la historia no es ni posible, ni siquiera concebible.

Novalis, uno de los testigos principales de aquel tiempo en el que empezó a tomar alas la teoría de la historia antes de consolidarse en los sistemas idealistas, lo formuló en una ocasión en su *Heinrich von Ofterdingen*. Ahí opinaba que el auténtico sentido de las historias de los hombres se desarrolla tarde, aludiendo al descubrimiento de la historia en el siglo XVIII. Sólo cuando se es capaz de abarcar una larga serie con una sola ojeada y no se toma todo literalmente ni se confunde petulantemente, sólo entonces *se observa la concate-nación secreta entre lo antiguo y lo futuro y se aprende a componer la historia a partir de la esperanza y el recuerdo*.³

«Historia» no significaba todavía especialmente el pasado, como más tarde bajo el signo de su elaboración científica, sino que apuntaba a esa vinculación secreta entre lo antiguo y lo futuro, cuya relación sólo se puede conocer cuando se ha aprendido a reunir los dos modos de ser que son el recuerdo y la esperanza.

Sin detrimento del origen cristiano de esta visión, aquí se presenta un auténtico caso de aquella determinación trascendental de la historia a la que me refería al principio. Las condiciones de posibilidad de la historia real son, a la vez, las de su conocimiento. Espe-

3. Novalis: «Heinrich von Ofterdingen» 1, 5, en *Schriften*, bajo la dirección de Paul Kluckhohn y Richard Samuel, 2.ª edic., vol. 1, Stuttgart, Darmstadt, 1960, pág. 258.

ranza y recuerdo o, expresado más genéricamente, expectativa y experiencia —pues la expectativa abarca más que la esperanza y la experiencia profundiza más que el recuerdo— constituyen a la vez la historia y su conocimiento y, por cierto, lo hacen mostrando y elaborando la relación interna entre el pasado y el futuro antes, hoy o mañana.

Y con esto llego a mi tesis: la experiencia y la expectativa son dos categorías adecuadas para tematizar el tiempo histórico por entrecruzar el pasado y el futuro. Las categorías son adecuadas para intentar descubrir el tiempo histórico también en el campo de la investigación empírica, pues enriquecidas en su contenido, dirigen las unidades concretas de acción en la ejecución del movimiento social o político.

Expondremos un ejemplo sencillo: la experiencia de la ejecución de Carlos I abrió, más de un siglo después, el horizonte de las perspectivas de Turgot cuando instaba a Luis XVI a que realizase reformas que le preservasen del mismo destino de aquél. Turgot avisó en vano a su rey. Pero entre la revolución inglesa pasada y la francesa venidera se pudo experimentar y descubrir una relación temporal que llevaba más allá de la mera cronología. La historia concreta se madura en el medio de determinadas experiencias y determinadas expectativas.

Pero nuestros dos conceptos no están sólo contenidos en la ejecución concreta de la historia, ayudándole a avanzar. En tanto que categorías son las determinaciones formales que explican esa ejecución, para nuestro conocimiento histórico. Remiten a la temporalidad del hombre y, si se quiere, metahistóricamente a la temporalidad de la historia.

Intentaremos clarificar esta tesis en dos pasos. En primer lugar esbozaré la dimensión metahistórica: en qué medida la experiencia y la expectativa, como dato antropológico, son condición de las historias posibles.

En segundo lugar intentaré mostrar históricamente que la coordinación de experiencia y expectativa se ha desplazado y modificado en el transcurso de la historia. Si sale bien la prueba, se habrá demostrado que el tiempo histórico no sólo es una determinación vacía de contenido, sino también una magnitud que va cambiando con la historia, cuya modificación se podría deducir de la coordinación cambiante entre experiencia y expectativa.

II. *Espacio de experiencia y horizonte de expectativa como categorías metahistóricas*

Pido la comprensión de los lectores por empezar con la explicación del significado metahistórico y por tanto antropológico, pues sólo podré hacerla en un breve esbozo, al que me arriesgaré, sin embargo, a fin de distribuir mejor la carga probatoria. Al aplicar nuestras expresiones en la investigación empírica sin una determinación metahistórica que apunte a la temporalidad de la historia, caeríamos inmediatamente en el torbellino infinito de su historización.

Por eso, ensayemos algunas definiciones a modo de oferta: la experiencia es un pasado presente, cuyos acontecimientos han sido incorporados y pueden ser recordados. En la experiencia se fusionan tanto la elaboración racional como los modos inconscientes del comportamiento que no deben, o no debieran ya, estar presentes en el saber. Además, en la propia experiencia de cada uno, transmitida por generaciones o instituciones, siempre está contenida y conservada una experiencia ajena. En este sentido, la *Historie* se concibió desde antiguo como conocimiento de la experiencia ajena.

Algo similar se puede decir de la expectativa: está ligada a personas, siendo a la vez impersonal, también la expectativa se efectúa en el hoy, es futuro hecho presente, apunta al todavía-no, a lo no experimentado, a lo que sólo se puede descubrir. Esperanza y temor, deseo y voluntad, la inquietud pero también el análisis racional, la visión receptiva o la curiosidad forman parte de la expectativa y la constituyen.

A pesar de estar presentes recíprocamente, no se trata de conceptos simétricos complementarios que coordinan el pasado y el futuro como si fueran espejismos.⁴ Antes bien, la experiencia y la expectativa tienen modos de ser diferenciables. Esto queda explicado en una

4. Véanse los análisis de Agustín en el libro 11 de sus *Confesiones*, donde las tres dimensiones del tiempo se remiten a la expectativa, a la percepción y al recuerdo en el espíritu, en el ánimo. Además los análisis de Heidegger en *Sein und Zeit*, especialmente en el capítulo 5 «Zeitlichkeit und Geschichtlichkeit», donde la constitución temporal de la existencia [*Dasein*] humana se revela como condición de la historia posible. Por supuesto que ni Agustín ni Heidegger han extendido sus preguntas al tiempo de la historia. Queda aquí como pregunta abierta si las estructuras temporales intersubjetivas de la historia se pueden en todo caso deducir suficientemente de un análisis de la existencia. A continuación se intentan usar las categorías metahistóricas de experiencia y expectativa como indicadores de los cambios del tiempo histórico. La implicación histórica de toda experiencia ha sido descubierta por Hans-Georg Gadamer en *Wahrheit und Methode*, Tübinga, 1960, pág. 329 sigs.

frase del conde Reinhard, quien en 1820, después de volver a estar sorprendentemente la revolución en España, le escribió a Goethe: *Tiene usted toda la razón, mi estimado amigo, en lo que dice sobre la experiencia. Para los individuos siempre llega demasiado tarde, para los gobiernos y los pueblos no está nunca disponible.* El diplomático francés hizo suya una expresión de Goethe que se impuso en aquel momento, quizá también en Hegel y que certificaba el final de la aplicabilidad inmediata de las enseñanzas de la *Historie*. *Sucede así* —y quisiera llamar la atención sobre el pasaje que sigue sin perjuicio de la situación histórica en la que fue concebida, por primera vez, esta frase—, *sucede así porque la experiencia ya hecha se expone unificada en un núcleo y la que aún está por realizar se extiende en minutos, horas, días, años y siglos, por lo que lo similar no parece nunca ser similar, pues en un caso sólo se considera el todo y en el otro partes aisladas.*⁵

El pasado y el futuro no llegan a coincidir nunca, como tampoco se puede deducir totalmente una expectativa a partir de la experiencia. Una vez reunida, una experiencia es tan completa como pasados son sus motivos, mientras que la experiencia futura, la que se va a hacer, anticipada como expectativa se descompone en una infinidad de trayectos temporales diferentes.

Nuestra perífrasis metafórica se corresponde con esta situación que ha advertido el conde Reinhard. De todos modos, ya se sabe que el tiempo sólo se puede expresar en metáforas temporales, pero evidentemente resulta más convincente hablar de «espacio de experiencia» y «horizonte de expectativa» que, al contrario, de «horizonte de experiencia» y «espacio de expectativa», aun cuando estas locuciones conservan su sentido. De lo que aquí se trata es de mostrar que la presencia del pasado es algo distinto de la presencia del futuro.

Tiene sentido decir que la experiencia procedente del pasado es espacial, porque está reunida formando una totalidad en la que están simultáneamente presentes muchos estratos de tiempos anteriores, sin dar referencias de su antes ni de su después. No hay una experiencia cronológicamente mensurable —aunque sí fechable según su motivo— porque en cualquier momento se compone de todo lo que se puede evocar del recuerdo de la propia vida o del saber de otra vida. Cronológicamente, toda experiencia salta por encima de los tiempos, no crea continuidad en el sentido de una elaboración aditiva del pasado. Antes bien, se puede comparar —utilizando una

5. Goethe y Reinhard: *Briefwechsel*, Francfort, 1957, pág. 246. Véase antes pág. 60.

imagen de Christian Meier— con el ojo de cristal de una lavadora, detrás del cual aparece de vez en cuando una pieza multicolor de toda la ropa que está contenida en la cuba.

Y viceversa, es más preciso servirse de la metáfora de un horizonte de expectativa que de un espacio de expectativa. Horizonte quiere decir aquella línea tras de la cual se abre en el futuro un nuevo espacio de experiencia, aunque aún no se puede contemplar. La posibilidad de descubrir el futuro choca, a pesar de los pronósticos posibles, contra un límite absoluto, porque no es posible llegar a experimentar. Un chiste político actual lo aclara en forma de tópico: «En el horizonte ya es visible el comunismo», explica Kruschew en un discurso.

Pregunta incidental de un oyente:

«Camarada Kruschew, ¿qué es el horizonte?»

«Búscalo en el diccionario», contesta Nikita Sergeievits.

En casa, ese individuo sediento de saber encuentra en una enciclopedia la siguiente explicación:

«Horizonte, una línea imaginaria que separa el cielo de la tierra y que se aleja cuando uno se acerca».⁶

Sin perjuicio de la alusión política, aquí también se puede mostrar que lo que se espera para el futuro está limitado, en definitiva, de otro modo que lo que se ha sabido ya del pasado. Las expectativas que se albergan se pueden revisar, las experiencias hechas, se reúnen.

De las experiencias se puede esperar hoy que se repitan y confirmen en el futuro. Pero una expectativa no se puede experimentar hoy ya del mismo modo. Por supuesto, la impaciencia por el futuro, esperanzada o angustiada, previsor o planificadora, se puede reflejar en la conciencia. Hasta ahí se puede llegar a experimentar también la expectativa. Pero las circunstancias, situaciones o consecuencias de las acciones que pretendía la expectativa, éstas no son contenidos de la experiencia. Lo que caracteriza a la experiencia es que ha elaborado acontecimientos pasados, que puede tenerlos presentes, que está saturada de realidad, que vincula a su propio comportamiento las posibilidades cumplidas o erradas.

Así pues, repitamos de nuevo, no se trata de simples conceptos contrarios, sino que indican, más bien, modos de ser desiguales de cuya tensión se puede deducir algo así como el tiempo histórico.

Lo explicaré mediante un descubrimiento corriente. La heterogen-

6. Alexander Drozdynski: *Der politische Witz im Ostblock*, Düsseldorf, 1974, pág. 80.

nía de los fines —«en primer lugar, sucede de otro modo, en segundo, de lo que se piensa»— esta determinación específica de la serie temporal histórica se basa en la pretendida diferencia entre experiencia y expectativa. La una no se puede convertir en la otra sin un hiato. Incluso si se formula este descubrimiento como una proposición irrefutable de experiencia, no se pueden deducir de él expectativas rigurosas.

Quien crea que puede deducir su expectativa totalmente a partir de su experiencia se equivoca. Si sucede algo de manera distinta a como se esperaba, queda escarmentado. Pero quien no basa su expectativa en su experiencia, también se equivoca. Lo hubiera podido saber mejor. Evidentemente, estamos ante una aporía que sólo se puede resolver con el transcurso del tiempo. Así, la diferencia indicada por las dos categorías nos remite a una característica estructural de la historia. En la historia sucede siempre algo más o algo menos de lo que está contenido en los datos previos. Este hallazgo no es tan sorprendente. Siempre puede suceder algo de modo distinto a como se espera; ésta es sólo una fórmula subjetiva para la situación objetiva de que el futuro histórico no se puede derivar por completo a partir del pasado histórico.

Pero hay que añadir que puede haber sido diferente a como se llegó a saber. Ya sea porque una experiencia contenga recuerdos erróneos que son corregibles, ya sea porque nuevas experiencias abran nuevas perspectivas. El tiempo aclara las cosas, se reúnen nuevas experiencias. Es decir, incluso las experiencias ya hechas pueden modificarse con el tiempo. Los acontecimientos de 1933 sucedieron definitivamente, pero las experiencias basadas en ellos pueden modificarse con el paso del tiempo. Las experiencias se superponen, se impregnan unas de otras. Aún más, nuevas esperanzas o desengaños, nuevas expectativas, abren brechas y repercuten en ellas. Así pues, también las experiencias se modifican, aun cuando consideradas como lo que se hizo en una ocasión, son siempre las mismas. Ésta es la estructura temporal de la experiencia, que no se puede reunir sin una expectativa retroactiva.

Es diferente lo que sucede con la estructura temporal de la expectativa, que no se puede tener sin la experiencia. Las expectativas que se basan en experiencias ya no pueden sorprender cuando suceden. Sólo puede sorprender lo que no se esperaba: entonces se presenta una nueva experiencia. La ruptura del horizonte de expectativa funda, pues, una nueva experiencia. La ganancia en experiencia sobrepasa entonces la limitación del futuro posible presupuesta por

la experiencia precedente. Así pues, la superación temporal de las expectativas coordina nuestras dos dimensiones de una forma nueva en cada ocasión.

Breve sentido para este discurso tan prolijo: la tensión entre experiencia y expectativa es lo que provoca de manera cada vez diferente nuevas soluciones, empujando de ese modo y desde sí misma al tiempo histórico. Esto se puede demostrar —aportando un último ejemplo— con especial claridad en la estructura de un pronóstico. El contenido en verosimilitud de un pronóstico no se basa en lo que alguien espera. Se puede esperar también lo inverosímil. La verosimilitud de un futuro vaticinado se deriva en primer lugar de los datos previos del pasado, tanto si están elaborados científicamente como si no. Se adelanta el diagnóstico en el que están contenidos los datos de la experiencia. Visto de este modo, es el espacio de experiencia abierto hacia el futuro el que extiende el horizonte de expectativa. Las experiencias liberan los pronósticos y los guían.

Pero los pronósticos también vienen determinados por el mandato previo de tener que esperar algo. La predicción referida al campo más o menos amplio de las acciones libera expectativas en las que también entran el temor o la esperanza. Es preciso tener en cuenta condiciones alternativas; entran en juego posibilidades que siempre contienen más de lo que puede cumplir la realidad futura. De tal modo que un pronóstico abre expectativas que no se pueden deducir solamente de la experiencia. Hacer un pronóstico quiere decir ya cambiar la situación de la que surge. O, dicho de otro modo: hasta el momento, el espacio de experiencia no es suficiente para determinar el horizonte de expectativa.

Por todo eso, espacio de experiencia y horizonte de expectativa no se pueden referir estadísticamente uno al otro. Constituyen una diferencia temporal en el hoy, entrelazando cada uno el pasado y el futuro de manera desigual. Consciente o inconscientemente, la conexión que crean de forma alternativa tiene la estructura de un pronóstico. Así hemos alcanzado una característica del tiempo histórico que puede indicar también su variabilidad.

III. Cambio histórico en la coordinación entre experiencia y expectativa

Llego a la utilización histórica de nuestras dos categorías. Mi tesis es que en la época moderna va aumentando progresivamente la

diferencia entre experiencia y expectativa, o, más exactamente, que sólo se puede concebir la modernidad como un tiempo nuevo desde que las expectativas se han ido alejando cada vez más de las experiencias hechas.

Con esto aún no se ha decidido nada acerca de la cuestión de si se trata de historia objetiva o sólo de su reflexión subjetiva. Pues las experiencias pasadas contienen siempre estados objetivos que entran a formar parte de su modo de elaboración. Esto afecta también, naturalmente, a las expectativas pasadas. Consideradas solamente como posiciones dirigidas hacia el futuro, podrían haber poseído sólo una especie de realidad psíquica. Pero como fuerza impulsora su eficacia no se debe valorar menos que el efecto de las experiencias elaboradas, pues las expectativas han producido nuevas posibilidades a costa de realidades que se desvanecían.

Citemos, pues, ante todo algunos datos «objetivos». Se pueden agrupar fácilmente desde el punto de vista de la historia social.⁷ El mundo campesino, en el que hace 200 años estaban incluidos en muchos lugares de Europa hasta el 80 % de la totalidad de las personas, vivía con el ciclo de la naturaleza. Si se prescindía de la organización social, de las oscilaciones de ventas especialmente de los productos agrarios en el comercio a larga distancia e, igualmente, de las oscilaciones monetarias, la vida cotidiana quedaba marcada por lo que ofrecía la naturaleza. La buena o mala cosecha dependía del sol, del aire, del clima y las destrezas que había que aprender se transmitían de generación en generación. Las innovaciones técnicas, que también las había, se imponían con tanta lentitud que no producían ninguna irrupción que hiciera cambiar la vida. Se podían adaptar a ellas, sin que la economía de la experiencia precedente se hubiese alterado. Incluso las guerras se vivían como acontecimientos enviados o permitidos por Dios. Algo similar se puede decir del mundo urbano de los artesanos, cuyas reglas gremiales, por restrictivas que fuesen en lo individual, cuidaban precisamente de que todo siguiera como era. El que las experimentasen como restrictivas ya supone el nuevo horizonte de expectativa de una economía más libre. Naturalmente, esta imagen está muy simplificada, pero es suficientemente clara para nuestro problema: las expectativas que se mantenían en el mundo campesino-artesanal que se ha descrito, y que eran las únicas que se podían mantener, se nutrían totalmente

7. Véase Arnold Gehlen: «Erfahrung zweiter Hand», en *Der Mensch als geschichtliches Wesen*, en conmemoración de Michael Landmann, Stuttgart, 1974, pág. 176 sigs.

de los antepasados y también llegaron a ser las de los descendientes. Y si algo ha cambiado ha sido tan lentamente y a tan largo plazo que la ruptura entre la experiencia habida hasta entonces y una expectativa aún por descubrir no rompía el mundo de la vida que habían de heredar.

Esta constatación del paso casi perfecto desde las experiencias pasadas a las expectativas venideras no se puede extender del mismo modo a todas las capas sociales. En el mundo de la política con su creciente movilización de los medios de poder, en el movimiento de las cruzadas o, más tarde, en la colonización de ultramar (por nombrar dos sucesos importantes) y más tarde en el mundo del espíritu en virtud del giro copernicano y en la sucesión de inventos técnicos de principios de la modernidad, es preciso suponer ampliamente una diferencia consciente entre la experiencia consagrada y la nueva expectativa que se va a descubrir. *Quot enim fuerint errorum impedimenta in praeterito, tot sunt spei argumenta in futurum*, como decía Bacon.⁸ Ante todo allí, donde en el plazo de una generación se rompió el espacio de experiencia, todas las expectativas se convirtieron en inseguras y hubo que provocar otras nuevas. Desde el Renacimiento y la Reforma, esta tensión desgarradora se fue apoderando cada vez de más capas sociales.

Por supuesto, mientras que la doctrina cristiana de las postrimerías —o sea, hasta mediados del siglo XVII aproximadamente— limitaba inalcanzablemente el horizonte de expectativas, el futuro permanecía ligado al pasado. La revelación bíblica y su administración eclesial entrecruzaron la experiencia y la expectativa de tal modo que no podían separarse. Discutamos esto brevemente.⁹

Las expectativas que señalaban más allá de toda experiencia conocida no se referían a este mundo. Se orientaban hacia el llamado más allá, concentrado apocalípticamente en el final de este mundo. Nada se perdía cuando resultaba, una vez más, que no se había cumplido una profecía sobre el fin de este mundo.

Siempre se podía reproducir una profecía no cumplida. Aún más, el error que comportaba el incumplimiento de esa expectativa se convertía en prueba de que el augurio apocalíptico del fin del mundo ocurriría la próxima vez con mayor verosimilitud. La estructura iterativa de la expectativa apocalíptica cuidaba de que las experiencias

8. Francis Bacon: «Novum Organum», 1,94, en *The Works of Francis Bacon*, vol. 1, Londres, 1858, reimpr. Stuttgart-Bad Cannstatt, 1963, pág. 200.

9. Véase antes pág. 26.

opuestas quedaran inmunizadas en el terreno de este mundo. *Ex post*, atestiguaban lo contrario de lo que en principio parecían afirmar. Así pues, se trataba de expectativas que no podían ser superadas por ninguna experiencia transversal a ellas, porque se extendían más allá de este mundo.

Esta circunstancia, que hoy es difícil de comprender racionalmente, se podría explicar también. Desde una expectativa frustrada acerca del fin del mundo hasta la siguiente pasaban generaciones, de manera que la reanudación de una profecía sobre el fin de los tiempos quedaba incrustada en el ciclo natural de las generaciones. De este modo, nunca colisionaron las experiencias terrenales a largo plazo de la vida cotidiana con aquellas expectativas que se extendían hasta el fin del mundo. En la oposición entre expectativa cristiana y experiencia terrenal, ambas permanecían referidas la una a la otra sin llegar a refutarse. Por lo tanto, la escatología podía reproducirse en la medida y en tanto que el espacio de experiencia no se modificase fundamentalmente en este mundo.

Esta situación sólo se modificó con el descubrimiento de un nuevo horizonte de expectativa, mediante eso que finalmente se ha conceptualizado como progreso.¹⁰ Terminológicamente, el *profectus* religioso fue desbancado o sustituido por un *progressus* mundano. La determinación de fines de una posible perfección, que antiguamente sólo podía alcanzarse en el más allá, sirvió desde entonces para mejorar la existencia terrenal, lo que permitió sobrepasar la doctrina de las postrimerías arriesgándose a un futuro abierto. Finalmente, el objetivo de la perfección fue temporalizado, sobre todo por Leibniz, e introducido en la ejecución del acontecer mundano: *progressus est in infinitum perfectionis*.¹¹ O como concluía Lessing: *Yo creo que el Creador debía hacer que todo lo que él creó fuera capaz de perfeccionarse, si es que había de permanecer en la perfección en la que lo creó*.¹² A esta temporalización de la doctrina de la *perfectio* le correspondió en Francia la formación de la palabra *perfectionnement*, a la que Rousseau preordenó la determinación fundamental históri-

10. Para lo que sigue véanse los dos detallados análisis que aparecen en los artículos «Fortschritt» y «Geschichte», en Brunner/Conze/Koselleck: *Geschichtliche Grundbegriffe*, vol. 2, págs. 363 sigs., 647 sigs.

11. Leibniz: «De rerum originatione radicali» (1697), en *Opera philosophica*, bajo la dirección de Joh. Eduard Erdmann, Berlín, 1840, reimpr. Aalen, 1958, pág. 150.

12. Lessing: «Brief an Moses Mendelssohn» del 21-I-1756, en *Sämtl. Schr.*, bajo la dirección de Karl Lachmann, 3.^a edic. al cuidado de Franz Muncker, vol. 17, Stuttgart-Leipzig-Berlín, 1904, pág. 53.

ca de una *perfectibilité* del hombre. Desde entonces pudo concebirse toda la historia como un proceso de perfeccionamiento continuo y creciente que, a pesar de las continuas recaídas y rodeos, debía ser planificado y ejecutado, finalmente, por los hombres. Desde entonces se siguen escribiendo determinaciones de fines de generación en generación, y los efectos anticipados en el plan o en el pronóstico se convierten en pretensiones de legitimación del actuar político. En resumen, el horizonte de expectativa incluye, desde entonces, un coeficiente de modificación que progresa con el tiempo.

Pero no fue sólo el horizonte de expectativa el que adquirió una cualidad históricamente nueva y que utópicamente se puede sobrepasar de forma continua. También el espacio de experiencia se ha modificado progresivamente. El concepto de progreso se acuñó sólo a finales del siglo XVIII, cuando se trató de reunir la abundancia de experiencia de los tres siglos precedentes. El concepto único y universal de progreso se nutría de muchas experiencias nuevas, individuales, engarzadas cada vez más profundamente en la vida cotidiana, experiencias de progresos sectoriales que todavía no habían existido anteriormente. Citaré el giro copernicano,¹³ la técnica que va surgiendo lentamente, el descubrimiento del globo terráqueo y de sus pueblos, que viven en diferentes etapas de desarrollo o, finalmente, la disolución del mundo estamental por la industria y el capital. Todas estas experiencias remitían a la contemporaneidad de lo anacrónico o, al contrario, al anacronismo de lo contemporáneo. En palabras de Friedrich Schlegel que intentaban encontrar lo moderno de la historia interpretada como progreso: *El verdadero problema de la historia es la desigualdad de los progresos en las distintas partes constituyentes de la formación humana total, especialmente la gran divergencia en el grado de formación intelectual y moral.*¹⁴

El progreso reunía, pues, experiencias y expectativas que contenían cada una un coeficiente temporal de variación. Uno se sabía adelantado a los demás como grupo, como país o, finalmente, como clase, o se intentaba alcanzar a los demás, o sobrepasarlos. Si se era superior técnicamente, se miraba con desprecio a los grados inferiores de desarrollo de otros pueblos, por lo que el que se sabía superior en civilización se creía justificado para dirigirlos. En la jerar-

13. Para esto —aparte de sus trabajos precedentes— Hans Blumenberg: *Die Genesis der Kopernikanischen Welt*, Francfort, 1975.

14. Schlegel: «Condorcets "Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain"» (1795), en *Kritische Schriften* (nota 1), pág. 236.

quía corporativa se veía un orden estático de categorías que el empuje de las clases progresivas debería dejar atrás. Los ejemplos se pueden multiplicar al gusto de cada cual. Lo que a nosotros nos interesa en primer lugar es el dato de que el progreso se dirigía a una transformación activa de este mundo y no al más allá, por múltiples que puedan ser las conexiones que se establezcan desde la teoría de las ideas entre la expectativa de futuro cristiana y el progreso. Era novedoso que las expectativas que ahora se extendían hacia el futuro se separaran de aquello que había ofrecido hasta ahora todas las experiencias precedentes. Y todas las experiencias que se habían añadido desde la colonización de ultramar y desde el desarrollo de la ciencia y de la técnica no eran suficientes para derivar de ahí nuevas expectativas de futuro. Desde entonces, el horizonte de expectativa ya no encerraba al espacio de experiencia, con lo que los límites entre ambos se separaban.

Verdaderamente ha llegado a convertirse en una regla que toda experiencia precedente no debe ser objeción contra la índole diferente del futuro. El futuro será distinto del pasado y, por cierto, mejor. Todo el esfuerzo de Kant como filósofo de la historia se dirigía a ordenar todas las objeciones de la experiencia que hablaban en contra de esto, de tal modo que confirmasen la expectativa del progreso. Se oponía, como expresó en una ocasión, a la tesis de que *todo seguiría siendo como ha sido hasta ahora*, por lo que no se podía predecir nada nuevo históricamente.¹⁵

Esta frase contiene una inversión de todas las formas del vaticinio histórico usuales hasta entonces. El que se había dedicado hasta ahora a los pronósticos y no a las profecías los deducía por supuesto del espacio de experiencia del pasado, cuyas presuntas magnitudes se investigaron y calcularon adentrándose más o menos en el futuro. Precisamente porque básicamente permanecería como siempre ha sido, podía uno permitirse predecir lo venidero. Así argumentaba Maquiavelo cuando opinaba que *quien quisiera prever el futuro, debía mirar hacia el pasado, pues todas las cosas sobre la tierra han tenido siempre semejanza con las cosas pasadas.*¹⁶ Así argüía todavía David Hume cuando se preguntaba si la forma de gobierno británica se inclinaba más a la monarquía absoluta o a la república.¹⁷ Aún se mo-

15. Kant: *Idee zu einer allgemeinen Geschichte in weltbürgerlicher Absicht* (1784), 7.^a tesis, AA, vol. 8, Berlín-Leipzig, 1912, pág. 25.

16. Maquiavelo: *Discorsi*, 3,43 Berlín, 1922, pág. 303.

17. David Hume: *Essays in Theory of Politics*, bajo la dirección de Frederick Watkins, Edimburgo, 1951, pág. 162 sigs.

vía en la red categorial aristotélica, que limitaba finitamente todas las formas posibles de organización. Ante todo los políticos actuaban según este modelo.

Kant, que probablemente también acuñó la expresión «progreso», indica el giro del que se trata aquí. Para Kant, una predicción que espera fundamentalmente lo mismo no es un pronóstico. Pues contradecía su expectativa de que el futuro sería mejor porque debe ser mejor. La experiencia del pasado y la expectativa del futuro ya no se correspondían, sino que se fraccionaban progresivamente. Un pronóstico pragmático de un futuro posible se convirtió en una expectativa a largo plazo para un futuro nuevo. Kant admitió que *por la experiencia no se puede solucionar inmediatamente la tarea del progreso*. Pero añadió que en el futuro se podrían acumular nuevas experiencias, como la de la Revolución Francesa, de manera que *la educación mediante frecuentes experiencias aseguraría un continuo progreso hacia lo mejor*.¹⁸ Esta frase sólo llegó a ser concebible después de que la historia se considerase y se llegase a saber como única, no sólo en cada caso individual, sino única en suma, como totalidad abierta hacia un futuro progresivo.

Si la historia entera es única, también el futuro ha de ser diferente respecto al pasado. Este axioma de la filosofía de la historia, resultado de la Ilustración y eco de la Revolución Francesa, es la base tanto de la «historia en general» como del «progreso». Ambos son conceptos que sólo alcanzaron su plenitud histórico-filosófica con la formación de la palabra, y ambos remiten a la circunstancia común de que ninguna expectativa se puede derivar ya suficientemente de la experiencia precedente.

Con el futuro progresista, cambió también la importancia histórica del pasado. *La Revolución Francesa fue para el mundo un fenómeno que parecía insultar a toda sabiduría histórica y se desarrollaban diariamente a partir de ella nuevos fenómenos acerca de los cuales se entendía menos que se preguntara a la historia*, escribió Woltmann en 1789.¹⁹ La ruptura de la continuidad pertenece a los *topoi* que se extendieron entonces, por lo que *la finalidad didáctica es incompatible con la Historie*,²⁰ según concluía Creuzer en 1803. La historia,

18. Kant: *Der Streit der Fakultäten*, apartado 2, secc. 4 y 7, AA vol. 7 (1907), pág. 88.

19. *Geschichte und Politik. Eine Zeitschrift*, bajo la dirección de Karl Ludwig Woltmann, 1 (Berlín 1800) pág. 3.

20. Georg Friedrich Creuzer: *Die historische Kunst der Griechen in ihrer Entstehung und Fortbildung*, Leipzig, 1803, pág. 232 sig. Véase antes pág. 49 sigs.

temporalizada y procesualizada hacia una unicidad continua, ya no podía enseñarse ejemplarmente. La experiencia histórica tradicional no se podía extender inmediatamente a la expectativa. Más bien, continuó Creuzer, *habría que considerar y explicar de nuevo la historia de cada nueva generación de la humanidad progresista*. Dicho de otro modo: la elaboración crítica del pasado, la formación de la escuela histórica, se basa en la misma circunstancia que también ha liberado el progreso hacia el futuro.

Esta circunstancia no se puede despachar en modo alguno sólo como ideología moderna, aun cuando en la diferencia entre experiencia y expectativa, la ideología y la crítica de la ideología se establecen de forma perspectivista según la posición. Nuestras primeras reflexiones sistemáticas, cuyo origen histórico se ha clarificado entretanto, nos remitían ya a la asimetría entre espacio de experiencia y horizonte de expectativa, asimetría que se puede derivar antropológicamente. Que esta asimetría se restringiese al progreso irretornable y se explicase unilateralmente fue un primer intento de concebir la modernidad como un tiempo nuevo. El concepto de «progreso» es el primero genuinamente histórico, que ha llevado la diferencia temporal entre la experiencia y la expectativa a un concepto único.

Siempre se trató de vencer aquellas experiencias que no se podía derivar de las precedentes y, en consecuencia, se trató de formular expectativas que anteriormente no se habían podido concebir. Este desafío aumentó durante lo que hoy se llama primera modernidad, alimentando un potencial utópico excedente que condujo a la catarsis de acontecimientos de la Revolución Francesa. Y, de ese modo, rompió el mundo de las experiencias político-sociales que, hasta entonces, había estado ligado a la sucesión de las generaciones. *Cuanto más inmediatamente comprima la historia la sucesión de acontecimientos, tanto más violenta y general será la lucha*, decía una observación —entonces muy frecuente— de Friedrich Perthes. Las épocas anteriores conocieron cambios de dirección sólo a lo largo de siglos, *pero nuestro tiempo ha reunido en las tres generaciones que viven ahora simultáneamente lo que es completamente incompatible*. *Los enormes contrastes de los años 1750, 1789 y 1815 carecen por completo de transiciones y aparecen en los hombres que viven hoy (sean abuelos, padres o nietos) no como algo sucesivo, sino como algo contiguo*.²¹

21. Clemens Theodor Perthes: *Friedrich Perthes' Leben*, 6.^a edic., vol. 2, Gotha, 1872, págs. 240 sig., 146 sig.

Desde un único curso del tiempo se produce una dinámica de diversos estratos temporales para el mismo tiempo.

Lo que el progreso conceptualizó, que —dicho brevemente— chocan entre sí lo viejo y lo nuevo, en la ciencia y en el arte, entre país y país, de estamento a estamento, de clase a clase, todo esto se había convertido desde la Revolución Francesa en acontecimiento de la vida cotidiana. Es cierto que las generaciones vivían en un espacio de experiencia común, pero se quebraba perspectivísticamente según la generación política y la posición social. Se sabía y se sabe desde entonces que se vive en un tiempo de paso que distingue de forma temporalmente distinta la diferencia entre experiencia y expectativa.

A esta circunstancia sociopolítica se le agregó algo más desde finales del siglo XVIII: el progreso técnico-industrial, que afectó a todos a la vez, aunque de manera diferente. De los descubrimientos científicos y su aplicación industrial nació el axioma general de la experiencia de que cabía esperar nuevos progresos sin poder calcularlos de antemano. Sin embargo, el futuro no derivable de la experiencia permitía la certeza de una expectativa de que los descubrimientos científicos crearían un mundo nuevo. La ciencia y la técnica han estabilizado el progreso como una diferencia temporal progresiva entre experiencia y expectativa.

Finalmente, hay un indicador infalible de que esta diferencia sólo se conserva modificándose continuamente: la aceleración. Tanto el progreso sociopolítico como el científico-técnico modifican los ritmos y lapsos del mundo de la vida en virtud de la aceleración. Adquieren todos juntos una cualidad genuinamente histórica, a diferencia del tiempo natural. Bacon aún tuvo que vaticinar que los descubrimientos se acelerarían: *Itaque longe plura et meliora, atque per minora intervalla, a ratione et industria et directione et intentione hominum speranda sunt*.²² Leibniz ya pudo enriquecer esta proposición con experiencias. Finalmente, Adam Smith indicó que el *progress of society* nacía del ahorro de tiempo resultante de la división del trabajo en la producción intelectual y material y desde el invento de las máquinas. Ludwig Büchner, para quien *el retroceso es sólo local y temporal, mientras el progreso es permanente y general*, ya no encontró asombroso en 1884 que *hoy en día el progreso de un siglo equivalga al de un milenio en tiempos antiguos*, pues actualmente cada día producía algo nuevo.²³

22. Bacon: «Novum Organum», 1, 108, en *Works*, vol. 1, pág. 207 (véase nota 8).

23. Ludwig Büchner: *Der Fortschritt in Natur und Geschichte im Lichte der Darwin'schen Theorie*, Stuttgart, 1884, págs. 30, 34.

Aun cuando pertenece a la experiencia de los progresos ya producidos en ciencia y técnica, que el progreso moral y político se estanque o avance con lentitud, también a este campo le afecta la afirmación de la aceleración. El hecho de que el futuro no sólo modifica, sino también perfecciona a la sociedad cada vez más rápidamente, caracteriza el horizonte de expectativas que había esbozado la Ilustración tardía. Ya sea que la esperanza se escape a la experiencia —así utilizó Kant el *topos*, para asegurarse de la futura organización mundial de la paz, *porque es de esperar que los tiempos en los que suceden los mismos progresos sean cada vez más cortos*—,²⁴ ya sea porque el cambio de organización social y política a partir de 1789 parecía romper todas las experiencias heredadas. En 1851 Lamartine escribía que desde 1790 había vivido bajo ocho sistemas diferentes de gobierno y bajo diez gobiernos. *La rapidité du temps supplée à la distance*, introduciéndose continuamente sucesos nuevos entre el observador y el objeto. *Il n'a plus d'histoire contemporaine. Les jours d'hier semblent déjà enfoncés bien loin dans l'ombre du passé*,²⁵ con lo que parafraseó una experiencia compartida ampliamente en Alemania. O, por citar un testimonio contemporáneo en Inglaterra: *The world moves faster and faster; and the difference will probably be considerably greater. The temper of each new generation is a continual surprise*.²⁶ El abismo entre pasado y futuro no sólo se va haciendo mayor, sino que se ha de salvar continuamente la diferencia entre experiencia y expectativa y, por cierto, de un modo cada vez más rápido para poder vivir y actuar.

Basta ya de ejemplos. Con el concepto histórico de la aceleración se adquiere una categoría histórica del conocimiento que es adecuada para revisar el progreso, que se ha de concebir sólo como optimizante (en inglés *improvement*, en francés *perfectionnement*).

De eso ya no se va a hablar más aquí. Nuestra tesis histórica dice que la diferencia entre experiencia y expectativa aumenta cada vez más en la modernidad o, más exactamente, que la modernidad sólo se pudo concebir como tiempo nuevo desde que las expectativas aplazadas se alejaron de todas las experiencias hechas anteriormente. Como ya se mostró, esta diferencia ha sido conceptualizada en la «historia en general» y su cualidad específicamente moderna en el concepto de «progreso».

24. Kant: *Zum ewigen Frieden* (1795), AA vol. 8 (1912), pág. 386.

25. Lamartine: *Histoire de la Restauration*, vol. 1, París, 1851, pág. 1.

26. J. A. Froude, cit. Asa Briggs: *The Age of Improvement*, Londres, 1959, pág. 3.

Para examinar el rendimiento de nuestras dos categorías de progreso, esbozaremos finalmente dos campos semánticos que no tienen que ver inmediatamente con el tiempo histórico, como ocurría con «progreso» e «historia». Con ello se mostrará que la clasificación de los conceptos sociales y políticos según las categorías de «expectativa» y «experiencia» ofrece, sin embargo, una clave para mostrar el tiempo histórico que se está modificando. Las series de ejemplos proceden de la topología constitucional.

Mencionaremos en primer lugar el uso lingüístico alemán que tiende a formas de organización federales correspondientes a las situaciones necesarias de la vida humana y de toda política. La esencia de la unificación, muy desarrollada entre los estamentos a finales de la Edad Media, llevó con el transcurso del tiempo a la expresión «federación» [*Bund*], fácil de retener en la memoria.²⁷ Esta expresión —más allá de la terminología latina— sólo se encontró después de que las fórmulas de unificación, siempre inseguras, hubieran madurado un éxito temporalmente limitado pero repetible. Lo que en principio sólo se juraba verbalmente, a saber, los pactos individuales en los que se asociaban mutuamente, se comprometían o se mancomunaban durante determinados plazos, se conceptualizó como federación por un efecto retroactivo, a consecuencia de la institucionalización que se consiguió. Un «pacto» individual tenía aún el significado primario de un concepto de ejecución presente, mientras que «federación» podía abarcar una situación institucionalizada. Esto se muestra, por ejemplo, en el desplazamiento del sujeto de la acción cuando se habla de «las ciudades de la federación» en lugar de «la federación de ciudades». El auténtico sujeto de la acción está oculto en el genitivo. Mientras que una «federación de ciudades» aún resaltaba a los miembros individuales, «las ciudades de la federación» se organizaban en una unidad de acción, a saber, la «federación».

Así, las múltiples alianzas, los pactos, se consolidaron por un efecto retroactivo en un singular colectivo. La «federación» recopilaba una experiencia ya reunida y conceptualizada bajo un concepto único. Se trata, pues, —dicho acentuadamente— de un concepto clasificador de experiencias. Está saturado de una realidad pasada que, en el tren de las acciones políticas, podía ser conducida al futuro y continuar escribiéndose.

27. Para lo que sigue véase Reinhart Koselleck: artículo «Bund, Bündnis, Föderalismus, Bundesstaat», en Brunner/ Conzel/ Koselleck: *Geschichtliche Grundbegriffe*, vol. 1, (1972), pág. 582 sigs.

Algo similar se puede mostrar en numerosas expresiones de la terminología jurídica y constitucional de finales de la Edad Media y comienzos de la Modernidad. Sin que esté permitido interpretar demasiado sistemáticamente todos sus significados y sobrepasarlos así teóricamente, respecto a su clasificación temporal se puede decir que se trataba rotundamente de conceptos de experiencia que se alimentaban de un pasado presente.

Completamente distinta es la tensión temporal de tres conceptos de federación que sólo se acuñaron a finales del antiguo Reich: federación de estados, estado federal y república federal. Creadas alrededor de 1800, las tres expresiones son en principio palabras artificiales, en las que la *república federal* de Johannes von Müller seguramente se formó apoyándose en la *république fédérative* de Montesquieu.²⁸ Las tres expresiones artificiales en absoluto se basaron solamente en la experiencia. Tendían a llevar determinadas posibilidades de organización federal, contenidas en el antiguo Reich, a un concepto que se pudiera utilizar en el futuro. Se trataba de conceptos que no se podían derivar del todo de la constitución del Reich, pero que sí extraían de ella determinados tramos de experiencia para poder realizarla en el futuro como experiencia posible. Aun cuando el Sacro Imperio Romano ya no podía ser concebido por el káiser y el Reichstag como imperio —indefinible—, al menos había que salvar para el nuevo siglo las ventajas de las formas de constitución federales de Estados medio soberanos: es decir, no tolerar ningún Estado absoluto o revolucionario. Es seguro que con este recurso a experiencias del antiguo Reich se anticipó la futura constitución de la federación alemana, aun cuando su realidad no se pudiera ver aún. Dentro de la organización del Reich se hicieron visibles estructuras a más largo plazo, que ya se podían experimentar como posibilidades venideras. Precisamente porque elaboraban experiencias imprecisas y ocultas, los conceptos contenían un potencial de pronóstico que extendía un nuevo horizonte de expectativa. Así pues, ya no se trata de conceptos clasificadores de experiencias, sino más bien de conceptos creadores de experiencias.

Una tercera expresión acuñada nos lleva totalmente a la dimensión del futuro. Se trata de la expresión «federación de pueblos», que formó Kant para trasladar a determinación de fines morales y polí-

28. Johannes v. Müller: «Deutschlands Erwartungen von Fürstenbunde», en *SW*, vol. 24, Stuttgart, Tübinga, 1833, pág. 259 sigs.; Montesquieu: *Esprit des lois*, 9,1, París, 1845, pág. 108.

ticos lo que, hasta entonces, se esperaba como el reino de Dios en la tierra. En rigor, el concepto se convierte en una anticipación. Como ya se dijo, Kant esperaba que llegase a ser realidad en el futuro una federación republicana de pueblos organizados por ellos mismos en intervalos de tiempo cada vez más cortos, esto es, con una aceleración creciente. Desde luego anteriormente se habían proyectado ya planes de federación supraestatales, pero no un esquema de organización global cuya realización fuese un dictado de la razón práctica. La «federación de pueblos» era un puro concepto de expectativa al que no podía corresponder ninguna experiencia anterior.

El indicador de temporalidad contenido en la tensión, pretendidamente antropológica, entre experiencia y expectativa proporciona una norma para poder abarcar también el nacimiento de la modernidad en el concepto de constitución. Al preguntar por sus extensiones temporales, la acuñación lingüística del concepto de constitución da fe de una separación consciente entre el espacio de experiencia y el horizonte de expectativa, convirtiéndose en tarea de la acción política la conciliación de esa diferencia.

Esto se comprueba con mayor claridad en una segunda serie de ejemplos. Los tres modos aristotélicos de gobierno —monarquía, aristocracia, democracia— que en sus formas puras, mixtas o decadentes aún eran suficientes para elaborar experiencias políticas, se transforman alrededor de 1800 desde el punto de vista de la filosofía de la historia. Los tres tipos de organización se fuerzan a una alternativa: «despotismo o república», conteniendo los conceptos alternativos un indicador temporal. Alejándose del despotismo del pasado, el camino histórico conduciría a la república del futuro. El antiguo concepto político más amplio de *res publica*, que podía abarcar hasta entonces todos los modos de gobierno, adquiere así un carácter restringido de exclusividad, pero referido al futuro. Este cambio, descrito aquí con brevedad, había sido encauzado teóricamente desde hacía mucho tiempo. El resultado se hace apreciable en tiempos de la Revolución Francesa. Un concepto utilizado históricamente o teóricamente, en todo caso saturado de experiencias, se convierte en un concepto de expectativa. Este cambio perspectivista también se puede mostrar ejemplarmente en Kant.²⁹ Para él, la «república» era una determinación de fines derivada de la razón práctica a la que el hombre aspiraba continuamente. Kant utilizó la nueva expresión de «repu-

29. Véase el artículo «Demokratie», en Brunner/ Conzel/ Koselleck: *Geschichtliche Grundbegriffe*, vol. 1, pág. 848 sigs.

blicanismo» para indicar el camino que conduce a ella. El republicanismo indicaba el principio del movimiento histórico e impulsarlo es un mandato de la acción política. Cualquiera que sea la constitución que esté hoy en vigor, de lo que se trata a la larga es de sustituir la dominación de hombres sobre hombres por la dominación de las leyes, esto es, realizar la república.

El «republicanismo» fue, pues, un concepto de movimiento que, en el espacio de la acción política, efectuaba lo mismo que el «progreso» prometía cumplir en la historia total. El antiguo concepto «república», que notificaba una situación, se convirtió en *telos* y a la vez se temporalizó —con la ayuda del sufijo «ismo»— convirtiéndose en un concepto de movimiento. Sirvió para anticipar teóricamente el movimiento histórico en ciernes e influir prácticamente en él. La diferencia temporal entre todas las formas de gobierno hasta entonces conocidas y la futura constitución que se esperaba y anhelaba se puso bajo un concepto que influía en el acontecer político.

Con esto queda circunscrita la estructura temporal de un concepto que vuelve a aparecer en numerosos conceptos siguientes cuyos proyectos de futuro intentan desde entonces alcanzarse y superarse. Al «republicanismo» le siguió el «democratismo», el «liberalismo», el «socialismo», el «comunismo», el «fascismo», por citar únicamente las expresiones especialmente eficaces. Durante su acuñación, todas las expresiones citadas tuvieron un contenido de experiencia mínimo o nulo y, en cualquier caso, no tenían aquel al que se aspiraba al formar el concepto. En el curso de su realización constitucional surgieron, naturalmente, numerosas experiencias antiguas y elementos que ya estaban contenidos en los conceptos aristotélicos de organización. Pero los conceptos de movimiento se distinguen de la antigua topología por su finalidad y su función. Mientras que el uso lingüístico aristotélico, que había puesto en circulación los tres tipos de organización, sus formas mezcladas y decadentes, apuntaba a posibilidades finitas de autoorganización humana, de modo que se podían deducir históricamente uno del otro, los conceptos de movimiento que se han citado iban a descubrir un futuro nuevo. En vez de analizar una posibilidad finitamente limitada de presuntas oportunidades de organización, tenían que ayudar a crear nuevas situaciones de organización.

Visto desde la historia social se trata de expresiones que reaccionaron ante el desafío de una sociedad que cambiaba técnica e industrialmente. Servían para ordenar bajo nuevos lemas a las masas corporativamente desmembradas; en ellos entraban a formar parte

intereses sociales, diagnósticos científicos y políticos. Por eso tienen siempre carácter de lema para la formación de partidos. El campo lingüístico sociopolítico viene inducido desde entonces por la tensión abierta progresivamente entre experiencia y expectativa.

Sigue siendo común a todos los conceptos de movimiento una producción compensatoria elaborada por ellos. Cuanto menor sea el contenido de experiencia, tanto mayor será la expectativa que se deriva de él. Cuanto menor la experiencia, mayor la expectativa, es una fórmula para la estructura temporal de lo moderno al ser conceptualizada por el «progreso». Esto fue plausible mientras todas las experiencias precedentes no fueron suficientes para cimentar las expectativas que se pudieran derivar del proceso de un mundo que se estaba transformando técnicamente. Ciertamente, si se realizan los proyectos políticos correspondientes después de haber sido originados por una revolución, entonces se desgastan las viejas expectativas en las nuevas experiencias. Esto es válido para el republicanismo, el democratismo y el liberalismo hasta donde la historia permite emitir un juicio en la actualidad. Presumiblemente seguirá siendo válido también para el socialismo y para el comunismo, si se le declara establecido.

Así, podría suceder que una determinación relacional antigua volviera de nuevo por sus fueros: cuanto mayor sea la experiencia, tanto más cauta, pero también tanto más abierta la expectativa. Más allá de cualquier énfasis, se habría alcanzado entonces el final de la «modernidad» en el sentido del progreso optimizante.

La aplicación histórica de nuestras dos categorías metahistóricas nos proporcionó una clave para reconocer el tiempo histórico, especialmente el nacimiento de lo que se ha llamado modernidad como algo diferenciado de tiempos anteriores. De este modo, ha quedado claro a la vez que nuestra suposición antropológica, esto es, la asimetría entre experiencia y expectativa, era un producto específico del conocimiento de aquella época de transformación brusca en la que esa asimetría se interpretó como progreso. Por supuesto, nuestras categorías ofrecen algo más que un modelo de explicación de la génesis de una historia progresiva que sólo fue conceptualizada como «tiempo nuevo».

Nos remiten igualmente a la parcialidad de interpretaciones progresivas. Pues es evidente que las experiencias sólo se pueden reunir porque —como experiencias— son repetibles. Así pues, debe haber también estructuras de la historia, formales y a largo plazo, que permitan reunir repetidamente las experiencias. Pero entonces debe

poder salvarse también la diferencia entre experiencia y expectativa hasta el punto de que se pueda concebir de nuevo la historia como susceptible de ser enseñada. La *Historie* sólo puede reconocer lo que cambia continuamente y lo nuevo si está enterada de la procedencia en la que se ocultan las estructuras duraderas. También éstas se tienen que buscar e investigar, si es que se pretenden traducir las experiencias históricas a la ciencia histórica.